

LA PROMESA DEL RETORNO DE JESUCRISTO

G. Cutting

Tiempo hubo en que la venida del Mesías como «Varón de dolores» era todavía una profecía sin cumplir. Tras este vaticinio se fueron sucediendo las generaciones; surgían y desaparecían; el reino de Israel (las diez tribus) y más tarde el de Judá fueron destruidos, y sus habitantes diseminados o llevados en cautiverio. Sólo un residuo, unos pocos miembros de la tribu de Judá, volvieron de Babilonia; pero el Mesías prometido no había aparecido aún.

Vemos, cuatro siglos después, que la gran mayoría de los que regresaron de Babilonia se habían asentado confortablemente en Jerusalén, olvidándose casi por completo de Aquel que había de venir. De repente hubo una creciente agitación en la ciudad: unos extranjeros, recién llegados, divulgaban la asombrosa noticia de que el Rey de los judíos —prometido hace mucho tiempo— había finalmente nacido. Del palacio de Herodes, pasando por los sacerdotes del Templo, la noticia se propagó con rapidez entre el pueblo.

Pero, ¿cual fue el resultado producido por semejante revelación? ¿un cántico, o clamor unánime de alabanzas a Dios por haber por fin cumplido Su palabra, enviando al Mesías tanto tiempo esperado? ¿Irradiaba de gozo cada rostro? ¿Se estremecía de alegría cada corazón? ¡Al contrario! El cuadro que se nos presenta es muy distinto: «El rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él» (Mateo 2:3). ¿Por qué? Si hubiesen conocido algo de las Escrituras tocante a la venida del Mesías, hubieran entendido el vaticinio del profeta Isaías: «He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio. Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa» (cap. 32:1-2).

Ahora bien, aunque había en la ciudad una ingente multitud de personas que se consideraban como «justas» ante Dios, muchos otros estaban convencidos de no estar listos para presentarse delante del Mesías, el Justo por excelencia; por consiguiente, lo que hubiera tenido que llenar el corazón de agradecimiento y de gozo resultaba ser motivo de espanto y de turbación. Sin embargo, preparados o no, Cristo había venido; había aparecido, no sólo como el Mesías de Israel, sino como el «Salvador del mundo», para revelar al Padre. Lo que aconteció después de este episodio es de sobra conocido: odiado y despreciado por los mismos que venía a salvar, el Hijo de Dios se encaminó al Calvario donde, clavado en el vil madero, murió por manos inicuas. Pero al tercer día resucitó.

Cuando Dios envió a su Hijo unigénito a este mundo, cumplió las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob. Por su parte, al condenar a Jesús, los judíos cumplieron las palabras de los profetas acerca de los sufrimientos del Salvador: «Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle ... Y nosotros —prosigue el apóstol— también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús ...» (Hechos 13:27, 32-34).

Poco antes de Su muerte, el Señor —Objeto de las promesas— dejó también una promesa. Tras haber salido el traidor del aposento alto, y rodeado de Sus discípulos, Cristo les muestra la terrible sombra de la cruz que iba alargándose sobre ellos. ¡Qué momento más solemne! Imaginemos el dolor reflejado en el rostro de los discípulos al inclinarse hacia el Maestro amado para escuchar Sus palabras de despedida: «No se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en Mí». Es como si hubiera dicho: «Habéis creído en Dios sin haberle visto; ahora, cuando ya no me veréis, seguid teniendo igual confianza en Mí. Dios os hizo una promesa, anunciándola por boca de los profetas, y la cumplió fielmente al enviarme. Yo asimismo os hago una promesa, y tened confianza en que también la cumpliré.»

¿Cuál es, entonces, esta nueva promesa? Leyendo atentamente el Evangelio según Juan, cap. 14, la hallaremos entre los primeros versículos: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (vv. 2-3). No hay el menor motivo para suponer que la «venida»

mencionada por el Señor en éstos versículos aluda a la «muerte»; creerlo sería cometer la peor de las equivocaciones.

Tomemos un ejemplo para ilustrar la diferencia entre ambas cosas. Un padre amante y cariñoso lleva a su hijo a una ciudad lejana donde, por mucho tiempo, el joven tendrá que vivir solo. Al separarse, el padre comprende la lucha interna de su hijo para reprimir sus lágrimas, y le consuela diciendo: «Ten confianza, hijo mío, ahora tengo que dejarte, pero vendré el primer día de vacaciones y nos iremos juntos a casa.» ¿Cabe suponer que el joven haya tenido la menor duda acerca de la promesa hecha por su padre? Pues bien, del mismo modo, las palabras que el Señor dirigió a sus discípulos desconsolados no pueden prestarse a equivocación alguna. No dijo: «ahora voy al cielo, vosotros moriréis, y después de esto os reuniréis conmigo», sino: «vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo».

En cuanto a los creyentes que duermen en Cristo, la Escritura dice que se han ausentado del cuerpo para estar «presentes al Señor» (2 Corintios 5:8). Mientras que cuando se trata de la vuelta del Señor, en vez de «estar ausentes del cuerpo», o de «ser desnudados» de nuestra casa terrestre, leemos que seremos «transformados»; y en Filipenses 3:21, que el Señor «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya». En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al sonar la última trompeta, los muertos en Cristo resucitarán primero, y los que vivimos seremos transformados. Vemos por lo tanto que la venida o regreso del Señor no debe confundirse con la muerte: es exactamente lo contrario de ella; es la aniquilación o abolición de todo cuanto ha hecho la muerte —desde que entró en este mundo— en los cuerpos de los que son hijos de Dios; será el triunfo definitivo de Cristo sobre la muerte, victoria que compartiremos todos los que somos suyos.